

el mar interrumpido

¿Qué le interesa a un hombre? ¿Qué resortes ocultos animan sus pasiones? La literatura es una exploración de la vida ilusoria, las estrategias con que el entusiasmo consigue su tributo o desemboca en el sótano del desasosiego. No hay historias sin emociones, y no es casual que los escritores dirijan su mirada a los estadios.

La forma de la pasión mejor repartida en el planeta es el fútbol. Durante el pasado Mundial de Alemania, Kofi Annan, entonces secretario de las Naciones Unidas, publicó un artículo en *The Guardian* donde decía que enviaba a Joseph Blatter por conducir un organismo internacional más exitoso que el suyo: la FIFA tiene más agremiados que la ONU, y además le hacen caso.

Espejo de las sociedades, el fútbol cuenta con toda clase de testigos dispuestos a desentrañar los beneficios y las vilezas que desata. Sin embargo, fue necesario un largo proceso de aculturación para entender que se trataba de una actividad que merecía ser abordada por escrito.

Descartado en un principio como una rústica manera de perder el tiempo, el fútbol tuvo sus evangelistas iniciales en la crónica deportiva. Durante décadas, los poetas y los novelistas se abstuvieron de manchar sus botines con el lodo de las canchas. Manuel Vázquez Montalbán fue un pionero esencial para entender la sustancia narrativa que recorría las tribunas. Convencido de que los partidos no sólo se disputan en el césped, sino en la mente de los aficionados, se ocupó de las relaciones peligrosas entre el deporte de masas y la política, el supermercado planetario donde los dioses llevan camisetas

numeradas, las inagotables razones que hacen que el Barça sea más que un club. Gracias a él, sabemos que un partido mediocre puede ser más divertido al discutirse y que nada engrandece tanto la gesta como la suspicacia: "Lo que más nos gusta en el mundo a los catalanes es que los penaltis que nos pitan, sean futbolísticos o sean históricos, al menos sean discutibles o sospechosos".

El fútbol es un sistema de supersticiones y Vázquez Montalbán, culé ejemplar, llegó a identificar el bloqueo del escritor con el archienemigo: "Mi mente está en blanco, ese color horroroso".

Escoger un equipo es una forma de decidir el destino. Hay estoicos que deben su temple a apoyar a un club impredecible y masoquistas que se quejan de que los suyos no pierdan lo suficiente. La satisfacción de estar aquí tiene que ver con el club al que apoyo con una pasión quizá más literaria que futbolística.

El primer regalo que recibí en mi vida fue un llavero con el escudo azulgrana. Mi padre nació en Barcelona, vivió aquí hasta los diez años, y emigró a México en 1932. De niño, atesoró con fervor algunas cosas de su ciudad perdida: el parque de la Ciudadela, las aceras con lado de "mar" y lado de "montaña", el equipo que salta al campo con los colores del Hombre Araña.

Me hice del Barça por extensión, como quien adquiere un mundo de fantasmas. En aquel tiempo anterior a la televisión satelital, muy de vez en cuando llegaban noticias de ese equipo. A principios de los años 60, vi al Barcelona de Cayetano Re en su gira por México, y en 1969, a los 12 años, fui con mi padre al Camp Nou a un derby contra el Real Madrid.

No es fácil explicar lo que un equipo representa para la gente del exilio. Se trata más de una entidad soñada, hecha de idealizaciones, que de una escuadra que decide marcadores. Cuando la televisión

comenzó a transmitir vía satélite, los culés de México nos sorprendimos de que nuestro club existiera. A sus tareas de resistencia cultural, el Orfeo Català agregó una sala con pantalla gigante. Gracias a la oportuna diferencia de horarios, en México los partidos europeos coinciden con el almuerzo, y el Orfeo Català creó una burbuja ajena a la geografía donde el fútbol se disfrutaba con butifarras y setas vernáculas que el entusiasmo transformaba en rovellons.

Las identidades dependen de valores compartidos voluntariamente. Pocas han sido tan ruidosas y ajenas a los obstáculos de la evidencia como la de los barcelonistas de México. Esta lealtad fue sembrada por el propio Barcelona en nuestro país. Durante la guerra civil, el presidente de la Generalitat, Lluís Companys, promovió una gira para que el equipo pudiera seguir jugando y mantuviera activo el espíritu de una nación. La mayoría de los titulares se quedaron en México y se convirtieron en figuras decisivas de nuestro fútbol. Otros jugadores se exiliaron en Francia. Sólo algunos suplentes y el masajista, el imperturbable Ángel Mur Navarro, se embarcaron de regreso con la idea de recuperar el juego a orillas del Mediterráneo.

Muchas veces he pensado en los viajes que se cruzaron en ese tiempo: el Barça que volvía era el club más pobre del mundo –en rigor dependía de un masajista y una esponja–; mientras tanto, en otros barcos, huían los aficionados que no volverían a ver a su equipo.

Tal vez a la gente como mi padre el fútbol le interesaría menos si no viniera de una pérdida. En tiempos de bonanza, conviene recordar que a veces las ilusiones son preservadas por quienes parecen haber perdido el derecho a ellas. Éste es el legado que Barcelona puede recibir de su orilla latinoamericana. Compartimos el mismo mar, interrumpido por la Historia.

la 2da tortuga

Los juicios de Nüremberg mostraron en forma asombrosa que el horror convive con la normalidad. En otros ratos de su vida, los verdugos nazis eran personas comunes. Esta dimensión cotidiana de la tragedia provocó la célebre formulación de Hannah Arendt en torno a la "banalidad del mal". Lo más perturbador del espanto es que no constituye una excepción.

Pensé en esto al visitar una de las sedes del holocausto: Dachau. Fui ahí en compañía del periodista deportivo Alberto Latí y el camarógrafo Óscar Gutiérrez para hacer un corto sobre futbolistas que sobrevivieron a los campos de concentración. Ninguno de los tres había pensado antes en hacer el viaje. Nos parecía innecesario, y hasta cierto punto morboso, certificar una barbarie de la que estábamos convencidos. Sin embargo, una vez en Dachau, nos sorprendió la falta de dramatismo del entorno. Las calzadas de pedrería, las barracas, la explanada principal y los edificios administrativos hubieran podido pertenecer a una academia militar. Aunque no faltaba información sobre las cruentas actividades que ahí se habían desarrollado, el escenario se acercaba al de cualquier internado incómodo. "No me siento impresionado, y esto me preocupa", dijo de manera elocuente Alberto. Faltaba algo. No estábamos ante la museificación del horror, pero tampoco ante su descarnada topografía. El sitio evocaba una memoria convulsa sin ponerla a la vista: el marco del ultraje, ajeno a los detalles que lo hicieron posible.

En el estacionamiento, una flecha señalaba el McDonald's más cercano. El espacio no se desmarcaba del entorno con fuerza suficiente para sugerir que ahí había pasado algo que no debía repetirse.

Llegó la hora de comer y buscamos un sitio con televisión para ver el partido entre Inglaterra y Paraguay. Recorrimos las calles de

juan villoro

Dachau hasta llegar a una plaza pintoresca. Alberto advirtió la paradoja de que una aldea tan apacible sobrelleva una fama tan dramática.

Encontramos un par de tabernas agradables, pero no tenían televisión. Faltaban cinco minutos para el partido cuando vimos la puerta de un pub. Fui el primero en entrar. Respiré un aire ácido; tardé unos segundos en acostumbrarme a la penumbra. El lugar estaba atiborrado de adornos. Del techo pendían cientos de tarros de cerveza. Un hombre de inmensa espalda y barba de cuento de hadas estaba en la barra. Pensé en salir, agobiado por la sensación de encierro, pero vi una televisión en una esquina. Pregunté si podían encenderla. Una mujer, de ojos muy abiertos, apareció detrás de la barra. Habló con enorme amabilidad, pero como si masticara las palabras. La quijada parecía trabarse al término de cada frase. Encendió la televisión. El partido estaba a punto de comenzar. Nuestro destino se había sellado durante dos horas.

Oscar vio con desconfianza los adornos. Le llamó la atención un títere de amenazante seriedad. No había objetos tranquilizadores: calaveras y guadañas, la silueta de un vampiro en la puerta del baño, manchas de sombra donde podía asomar un muñeco sin ojos.

Al poco rato entró un joven a la taberna. Preguntó en dialecto bávaro si Petra había dejado ahí su chaqueta la noche anterior. El hecho de que ese sitio tuviera comensales, así fuese a otras horas, sirvió para calmarnos, al menos por un rato.

La dueña del local nos ofreció una especie de albóndiga hecha con tres quesos rancios y cebolla dulce. Luego nos preparó unos sándwiches hasta cierto punto comestibles. La atmósfera avinagrada era tan penetrante que no llegamos a acostumbrarnos a ella.

Empezaba el segundo tiempo del partido cuando el gigante terminó su última cerveza en la barra y alzó una mano rojiza en señal de despedida. La propietaria no tenía a nadie más que atender, tomó un papel absorbente y se dirigió a un acuario al lado de nuestra mesa. Sacó de ahí una tortuga, la puso sobre el papel y se sentó muy cerca de mí. "Todo está bien, todo está bien", le dijo a la tortuga. Repitió la frase, una y otra vez, como un rezo. No había mucho que esperar del juego defensivo de Paraguay pero traté de concentrarme en el

partido para no prestar atención a la anciana que decía: "Elvira, todo está bien". La miré de reojo: se frotaba el párpado con el pico de la tortuga. Después de unos minutos se dirigió a la parte trasera del bar. Regresó con otro papel. Lo abrió, muy cerca de mí. Contenía carne cruda. Arrojó los trozos al agua. Para mi sorpresa, las tortugas picotearon la carne.

Al poco rato, la mujer volvió a sacar a Elvira del acuario y repitió: "Todo está bien, todo está bien". Era como si ambas, la dueña del bar y su animal, acabaran de sobrevivir a algo atroz.

Cuando el campo de concentración estaba en funcionamiento, ella debía haber tenido diez años. ¿Qué recuerdos determinaban su mente? ¿De qué quería aliviar a la tortuga que alimentaba con carne cruda? Algo se cruzaba en ese cuarto oscuro, algo que nos excedía y no podríamos averiguar. La mano de la mujer acariciaba el caparazón de Elvira cuando pedimos la cuenta.

Pocas veces la conclusión de un partido me ha causado tanto alivio. Quería respirar aire fresco, salir de esa cripta que se sustraía al tiempo. La mujer nos dirigió una mirada dulce con los ojos azules que habían visto la niebla y la noche de Dachau. Se despidió, y volvió a sus tortugas. Elvira aguardaba sus caricias. Al fondo del acuario, inmóvil, reposaba una segunda tortuga. La mujer pronunció su nombre con suavidad. Estábamos predispuestos a que todo nos afectara en ese sitio, a encontrar ahí saldos de una historia rota, y quizá otorgamos demasiado sentido a lo que sólo dependía de la locura y el azar. Lo cierto es que el nombre de la segunda tortuga, quieta al fondo del agua, resumió las confusiones de ese día.

En efecto, se llamaba Adolf.

Juan Villoro
México DF - 56

la sustancia narrativa que recorre las tribunas



" todo está bien, todo está bien "